

danzas : nada se omitió para hacer esta fiesta tan cumplida como espléndida.

2.º *Qué cosa signifique esta alegría...* ¡Ay de mí! Señor, ¿qué es lo que Vos nos habeis querido representar, usando aquí todas las expresiones de las débiles alegrías de la tierra? Ya nos lo habeis dicho en las parábolas precedentes, esta es la imagen del júbilo del cielo y de la fiesta que celebran los Ángeles por la conversion de un pecador.

3.º *Qué cosa signifique este banquete...* Señor, ¿qué significa este espléndido convite? ¿Á qué, pues, alude? Sin duda á aquel que habeis prometido establecer en vuestra Iglesia y que de hecho habeis establecido. ¡Oh comida! ¡oh convite superior á todos nuestros pensamientos y á todos nuestros deseos, en que un hombre mortal recibe el pan de los Ángeles, come el cuerpo de Jesucristo y bebe su sangre, se sustenta de la Divinidad y adquiere la inmortalidad! Aquel pecador que antes gemia en la esclavitud, pobre, desnudo, miserable y hambriento; que deseaba solo el manjar de los puercos, hélo aquí ahora vestido de púrpura, sentado á la mesa del Padre celestial, servido de los Ángeles y alimentado del mismo Dios.

Peticion y coloquio.

¡Oh! y cuán terrible sois, ó Dios mio, para los que no hacen penitencia! Pero ¡oh! y cuán lleno de bondad y magnifico para aquellos que tienen el valor de hacerla! Basta tener un corazon de hijo para encontrar en Vos un corazon de padre. Dadme, ó Señor, dadme este corazon, este glorioso nombre de hijo para que sea digno de teneros por padre. Amen.

MEDITACION CXCIX.

FIN DE LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.

(Luc. xv, 25-32).

QUEJAS DEL HIJO MAYOR.

1.º Consideremos cuáles son los defectos que los justos deben temer y evitar; 2.º examinemos cuáles son las preeminencias de los justos; 3.º reflexionemos sobre la conversion del pecador.

PUNTO I.

De algunos defectos que los justos deben temer y huir.

Esta última parte de la parábola es la respuesta directa á las murmuraciones de los fariseos, referidas al principio de este capi-

tulo y que dieron lugar á esta parábola y á las dos que le preceden. Ella puede dar motivo para observar en este primogénito algunos defectos de que los justos no están siempre exentos.

1.º *La curiosidad...* «Y su hijo mayor estaba en el campo, y «cuando vino y se acercó á la casa, oyó los conciertos y los bailes, «y llamó uno de los criados, y le preguntó qué cosa fuese aque- «llo...» La curiosidad del hijo mayor no tuvo acaso en sí cosa digna de reprehension... Volvia de la campiña, y acercándose á casa, oyó el estrépito de las danzas y la armonía de los instrumentos y de las voces. Llamó un criado, y le preguntó qué significaba una alegría tan improvisa y tan fuera de lo ordinario. Tenia sin duda derecho de hacer esta pregunta. Pero nosotros ¿qué derecho tenemos de querer ser informados de cuanto se hace en la casa de los otros? ¿Por qué nos entrometemos en los negocios ajenos? Este hijo pregunta á un criado para saber cuál es el motivo de lo que oye. Puede ser que si su corazon hubiera estado del todo recto y sin que empezase á experimentar alguna pasion tumultuosa, hubiera entrado todo de un golpe para participar del júbilo de su padre en el mismo instante que hubiese oido el motivo de aquella novedad. Sea como se fuese, la pregunta la hace á lo menos á uno de sus criados; pero nosotros ¿á qué llamar á los criados de los otros para saber cuanto sucede en lo interno de las familias, y las razones de todo aquello que en ellas se hace? ¿Por qué preguntar á los vecinos y á otras semejantes personas, muchas veces mal instruidas, y que se complacen de interpretarlo todo al mal? Finalmente, ¿por qué dejarse llevar de todo aquello que les agrada vendernos de mas falso y de mas maligno?

2.º *Un celo excesivo...* «Y este le dijo: Ha vuelto tu hermano, y «tu padre ha hecho matar un ternero gordo, porque lo ha vuelto á «tener sano. Y él se encolerizó...» Esta era precisamente la situacion en que se hallaban los fariseos. Estaban indignados porque Jesucristo dejaba que se le acercasen los pecadores, y comia con ellos. Vense frecuentemente de estos hombres de una severidad excesiva para con los otros, que dan fácilmente en cóleras, y se indignan contra aquellos que usan de caridad con los pecadores, y los tratan con bondad y con indulgencia. ¡Ah! guardémonos de este celo farisáico, y hagamos aprecio y estima de aquel celo caritativo, penoso á los que lo ejercitan, y de mucho consuelo para los pecadores.

3.º *La obstinacion...* «Y no queria entrar: Mas el padre salió fuera, y comenzó á suplicarle...» Dejándose el hijo mayor transpor-

tar de la cólera, tomó el partido de no entrar y no enturbiar una fiesta, donde su sentimiento le persuadía que estaría por demás. Es verosímil que se le hiciesen muchas instancias de parte de su padre; pero como él persistiese en su obstinacion, el buen padre salió por sí mismo á suplicarle y darle razon de lo que se hacia, respondiéndole á sus quejas para pacificarlo. Las personas de bien no siempre van exentas de una cierta sensibilidad, de una cierta delicadeza que las lleva á una especie de sentimiento, de dolor y aun de obstinacion.

4.º *La presuncion...* « Pero él (*queriendo exponer los motivos de su disgusto*) respondió y dijo á su padre: Ha ya tantos años que te « sirvo, y nunca he quebrantado uno de tus preceptos, y no me has « dado jamás un cabrito para que lo comiese con mis amigos... » Debemos renovar la memoria del tiempo que hemos pasado en el servicio de Dios para darle gracias, para humillarnos, para animarnos mas, y no para lamentarnos: no para pretender dulzuras y consolaciones de Dios, y mucho menos distinciones por parte de los hombres. Esta vida es el tiempo del trabajo y del mérito, y no el de la recompensa.

5.º *La aspereza contra los pecadores...* « Pero desde que ha venido este tu hijo, que ha consumido su hacienda con mujeres de « mala vida... » ¡ Ah! ¡ cuánta aspereza en estas palabras! Y con todo eso frecuentemente las usamos en los discursos que entre nosotros se hacen sobre las obras del prójimo. Reflexionemos que aquel prójimo, que aquel pecador, en cuya conducta tomamos precisamente de mira lo que hay de odioso, no solo él es hijo de nuestro Dios, sino tambien nuestro hermano. Reflexionemos que puede aun convertirse y venir á ser un santo mejor que nosotros. Pensemos que internamente gime él sobre sus desórdenes, y que querría salir de ellos. Pensemos que está ya acaso convertido y reconciliado con Dios. Pero ¡ oh, cuánto seria mas grave nuestra culpa si hablásemos así en el tiempo mismo en que da señales de conversion, de arrepentimiento y reconciliacion!

6.º *Comparaciones odiosas de nosotros con los otros...* « Desde « que ha venido este tu hijo... has hecho matar para él el ternero « gordo... » Estas comparaciones se mueven sobre dos puntos. Sobre lo que hacemos nosotros con lo que los otros hacen, y sobre lo que recibimos con lo que reciben los otros. Yo he trabajado, he servido, he obedecido; aquel se ha divertido y ha hecho todo lo que ha querido. Á mí nada se me concede, todo se me niega; á aquel to-

do se le concede y ninguna cosa se le niega. Comparaciones llenas de orgullo y de injusticia, de quejas y de murmuraciones. Guárdemonos de tales quejas, ó sea de Dios y de su providencia, ó de los hombres y de sus injusticias. Pongámonos en todas las cosas en el último lugar; la humildad conservará el precio de las buenas obras, sostendrá nuestra virtud, y nos traerá la paz del corazon.

PUNTO II.

De las ventajas de los justos.

« Pero el padre le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo « aquello que tengo es tuyo, y era justo hacer un banquete y fiesta, « porque este tu hermano estaba ya muerto, y ha resucitado, se ha « bia perdido, y se ha hallado... »

Observemos aquí las ventajas de los justos... 1.ª *Dios es su Padre*, y un Padre lleno de amor y de bondad, lleno de dulzura y de condescendencia. Pónganse los ojos en el padre de esta parábola; desde que supo que su hijo mayor se muestra malcontento, se levanta, sale fuera, va á él, y en vez de reprenderlo, que podría haberlo hecho, emplea solamente las razones, las caricias y las súplicas. Escucha con paz sus quejas, y bien que ellas sean injustas y demasiado amargas, no se muestra ofendido, le responde con dulzura, disipa sus sospechas, y para sosegarlo emplea todo lo que el amor paterno puede sugerir de mas racional, de mas sólido y de mas tierno. Del mismo modo se compadece Dios de nuestras flaquezas y debilidades, y nos anima á enmendarnos. Padre tan indulgente para con los justos como misericordioso para con los pecadores, convida á estos su misericordia para que vuelvan á él, y su bondad excita á aquellos á purificarse y perfeccionarse siempre mas y á animarse en su santo servicio.

2.ª *Los justos están siempre con Dios*; siempre unidos á él por la gracia santificante, siempre, ó á lo menos habitualmente, unidos á él mediante el interno recogimiento, mediante el pensamiento de su divina presencia y el actual deseo de agradarle. En este estado feliz todas sus buenas obras son meritorias para la vida eterna, todas sus acciones, aun las mas comunes de la vida, pueden tambien serlo si las ofrecen á Dios, si las hacen por gloria suya; de manera que para ellos no hay un momento perdido, porque todos están dedicados á Dios.

3.ª *Todos los bienes de Dios son de los justos...* Bienes de la crea-

cion y de la naturaleza, bienes de la redencion y de la gracia, bienes de la gloria y de la eternidad. Dios mismo es su bien y su herencia, él es de ellos, lo poseen, y gozarán de él en el cielo plenamente y para siempre... No nos lamentemos, pues, de la uniformidad de nuestra vida y de no experimentar grandes consolaciones internas y dulzuras espirituales; perseveremos solamente; serán nuestras un día, y las gozaremos en el cielo. No envidiemos á los pecadores nuevamente convertidos las que ellos experimentan, y las fiestas que se celebran por su reconocimiento y arrepentimiento. Nada de todo esto perdemos nosotros, de ellas participamos tambien, con ellos entramos al banquete, y nos alegramos del motivo del gozo de nuestro padre; este recupera un hijo y nosotros un hermano, el cual sin disminuir nuestra herencia, aumenta la felicidad de la casa que nos es comun, y no puede dejar de contribuir á nuestra propia consolacion.

PUNTO III.

Reflexiones sobre la conversion del pecador.

«Tu hermano habia muerto, y ha resucitado; se habia perdido, «y se ha hallado...» El Salvador pone dos veces estas palabras en boca del padre del hijo pródigo, y nos advierte con esto la atencion que debemos poner en ellas. Consideremos pues:

Lo 1.º *¿Qué cosa es el estado del pecador?* Un estado de muerte y de perdicion... En este estado el pecador está privado de Dios y de su gracia, que es la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo. En este estado, todas las obras del pecador son obras muertas y que no pueden merecer alguna recompensa en el cielo... En este estado, el pecador si viene á ser arrebatado del mundo, su muerte viene á ser una muerte eterna, no porque él venga á caer en una eterna destruccion; sino en un estado de perdicion eterna, porque resucitará eternamente privado de Dios y será víctima eterna de sus venganzas. ¡Qué estado! ¿y quién podrá pensar en él sin estremecerse? ¡Ay de mí! ¿cuántos se hallan en este estado de perdicion? Dios lo sabe, él los conoce, parecen vivos, y están muertos. ¿Cuánto tiempo he estado yo mismo en él? Se llora la muerte temporal de los parientes y de los amigos. ¡Ah! lloremos su muerte espiritual mil veces mas funesta que la primera, porque en cada momento se puede convertir en una muerte eterna.

Lo 2.º *¿Qué cosa es estar convertido?* Quiere decir estar resucita-

do, haberse hallado... Nos alegramos de haber salido de una enfermedad, por la que creíamos morir ó en que ya nos daban por muertos. ¿Qué seria, pues, si por milagro, despues de haber realmente muerto, hubiésemos sido otra vez restituidos á la vida? Tal es, é incomparablemente mayor aun, la gracia de la conversion que nos hace venir á Dios, nos vuelve á poner en todos los derechos de la vida primera que habiamos recibido en el Bautismo, y que nos conduce á la vida eterna que nos está asegurada en el cielo, si perseveramos en el estado de nuestra resurreccion. ¡Oh, y cuál debe ser nuestro reconocimiento por un tan grande beneficio! ¡cuál nuestro fervor en el servir á aquel que nos ha restituido la vida, y una tal vida! ¡cuál nuestra aplicacion y vigilancia para conservarla!

Lo 3.º *¿Qué cosa es la recaída?* Una estulticia inexplicable, una monstruosa ingratitud... No es asunto de la parábola hablarnos de la perseverancia del pródigo; pero cada uno se puede imaginar cómo habria él recibido á su antiguo señor, si este se le hubiera presentado para decirle que se levantara de la mesa, que se despojara de sus hábitos y volviese á tomar su antiguo empleo de la guardia de los puercos... De esto es fácil deducir cómo debemos tambien nosotros recibir al demonio cuando tiene la audacia de hacernos una proposicion semejante. No podemos suponer al pródigo tan insensato, que se expusiese por la segunda vez á caer en el estado miserable en que habia tenido tanto que padecer y sufrir, y del que tanto le costó el salir. ¿Cuál es, pues, el exceso de nuestra locura y necedad en volver otra vez al pecado despues de haber sido librados de él, en volver á él con tanta prontitud, con tanta facilidad, no una vez, sino tantas y tantas?... Pero finalmente supongamos que el pródigo, olvidado de sus propios intereses, hubiera sido tan ingrato en abandonar á su padre, y que despues de haber sufrido las mismas desgracias se hubiese presentado á él, en el mismo estado, y con las mismas propuestas que antes. ¿Cómo pensamos nosotros que lo habria recibido su padre, y que deberia haberlo recibido? ¡Ah! guardémonos de medir la bondad de Dios por la de los hombres, ó de juzgar de ella por nuestras débiles ideas: ella es superior á todos nuestros pensamientos: ella es infinita... Dios está dispuesto á recibirnos y á recibir nuestra penitencia, no solo una segunda vez, sino hasta setenta veces siete veces, esto es, tantas cuantas sinceramente recurramos á él con un corazon arrepentido y despedazado de dolor. ¡Ah! él es todo amable, Dios bueno, Dios paciente, Dios misericordioso y siempre pronto á perdonarnos. Pero

¿cuál sería nuestra necesidad, nuestra malicia y nuestra ingratitud, si la bondad de Dios viniese á ser para nosotros un motivo de ofenderlo y no un aliciente para amarlo? ¡Ah! no nos engañemos: muchos han sido víctimas de su corazón depravado, y han sufrido la pena de su ingratitud: muchos despues de su recaída no han tenido tiempo de arrepentirse: muchos, habiendo tomado gusto al pecado por su recaída, no han tenido voluntad de enmendarse: muchos por su recaída han contraído el hábito del pecado, y no queriendo hacerse la violencia necesaria para romperlo, se han obstinado en decir que ya no podían arrepentirse; muchos, finalmente, despues de una vida tejida de confesiones y de recaídas, han reconocido despues, pero ya tarde, que no se habían jamás convertido de veras.

Petición y coloquio.

Glorifica, ó alma mia, alaba y da gracias al Señor por las infinitas misericordias de que pródigamente te ha llenado: alégrate, pero ¡teme al mismo tiempo de abusar de ellas! Y Vos, ó Dios mio, haced que en adelante corresponda yo fielmente y constantemente á la inmensidad de vuestras gracias, para participar un día de la inmensidad de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CC.

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL PERO PRUDENTE.

(Luc. xvi, 1-9).

DEL USO DE LAS RIQUEZAS.

1.º Disipacion del administrador; 2.º prudencia del administrador; 3.º relacion de la parábola con nuestro estado; 4.º diferencia entre el administrador y nosotros.

PUNTO I.

Disipacion del administrador.

1.º *El administrador es acusado de disipador...* «Y les dijo tam-
«bien á sus discípulos: Habia un hombre rico que tenia un ad-
«ministrador, y este fue acusado delante de él, como que hubiese
«disipado sus bienes...» Este administrador ó cobrador, á quien el
rico habia confiado la cobranza y administracion de sus bienes, en
vez de llevar fielmente las cuentas y de hacer servir en provecho de
su señor las rentas que cobraba, las disipaba y hacia servir á sus

propios intereses y placeres. Una tal conducta no tardó de llegar á los oídos de su señor, y lo irritó. ¿No soy yo ¡ay de mí! este administrador infiel? De Vos, ó Dios mio, reconozco todo lo que tengo, bienes del cuerpo y del alma, bienes de la naturaleza y de la gracia, bienes del nacimiento y de fortuna, vida, sanidad, espíritu, talentos, riquezas, dignidad; Vos sois el que me poneis todo esto en las manos para que haga el uso que vuestra ley me prescribe, y todo lo emplee á vuestra mayor gloria. Pero el uso que hasta ahora he hecho de todo, ¿no me acusa delante de vuestro trono, ó Señor? ¿no grita por venganza? ¿No soy á vuestros ojos, ó soberano Bienhechor, un infiel, un perjuro?... Sí, ó Dios mio, como tal me reconozco, por todo me humillo y os pido perdon.

2.º *El administrador es citado delante de su señor, y recibe su justa reprension...* Pongámonos aquí en la presencia de Dios, y escuchemos con asombro las reprensiones que nos puede dar, y que nos las sugerirá nuestra propia conciencia... «Y lo llamó y le dijo: ¿Qué «és esto que oigo decir de tí?...» No oigo otra cosa de tí que quejas, y de todas partes se implora mi justicia contra tu disipacion... Lo reconozco lleno de confusion, ó Señor, hasta ahora en toda mi conducta siempre he dado mil motivos de quejas contra mí: los he dado en todas las edades en que he vivido, en todos los lugares en que me he hallado, en todos los estados por donde he pasado, en todos los empleos que se me han confiado; los he dado á todos aquellos con quienes he tenido alguna relacion, á mis superiores, á mis inferiores y á mis iguales; los he dado con mis acciones, con mis palabras, con mis escándalos; vuestra ley, que he quebrantado; vuestra religion, que he deshonrado; vuestra gracia, que he desechado; vuestros Sacramentos, que he profanado; todos los bienes que me habeis confiado, de todo he abusado, todo habla, todo levanta la voz contra mí. El cielo y la tierra me condenan; no me queda otra cosa que recurrir á vuestra misericordia. La imploro, ó Jesús mio, con un vivo dolor de lo pasado y con un firme propósito de ser en adelante mas fiel.

3.º *El administrador es obligado á dar sus cuentas...* «Dame cuenta de tu manejo...» ¡Qué golpe de rayo para este hombre que acaso jamás habia dado cuenta alguna, que nada tenia en orden, que se consideraba como propietario, que lo disipaba todo, que de todo se servia segun sus deseos! ¡Ah! reconoce finalmente que hay un señor á quien es necesario dar cuenta... ¡Oh hombres que no teneis sino algunos pocos dias que pasar sobre esta tierra! ¿Os ol-

vidaréis vosotros siempre que teneis un Señor á quien será necesario dar cuenta? ¿Esperaréis al último momento á preparar la cuenta exacta de toda vuestra vida? ¿Será buen tiempo de prepararla, cuando será necesario darla, cuando se os pedirá con el extremo rigor? Alma mia, ¿no tiembas á esta sola reflexion? ¡Oh Dios mio! haced que en adelante yo sea mas sábio, que lo tenga todo en orden, que no deje pasar un dia sin examinarme atentamente, sin examinar el estado de mi administracion, para reparar desde luego todo el perjuicio que habrá podido causar mi negligencia.

4.º *El administrador es privado de su empleo...* «Porque ya no «podrás por mas tiempo administrar...» Vendrá un dia en que se nos quitará la administracion, en que todos serémos despojados de todas las cosas. Para muchos ya llegó, y entre ellos para varios de los que hemos conocido: para nosotros vendrá tambien, y cuando llegue una vez, se nos quitará la administracion de los bienes de este mundo: la privacion será eterna é irremediable. ¡Ah! ¿no sacaremos jamás una consecuencia práctica de una tan sensible y tan perceptible verdad? ¿Viviremos siempre como si á nosotros perteneciese este mundo, como si no hubiésemos de salir jamás de él, como si no debiésemos dar cuenta, á quien nos ha puesto en él, de la manera como hemos vivido, y como si una eternidad de suplicios no debiese ser el castigo de nuestra infidelidad, ó una eternidad de delicias la recompensa de nuestra fidelidad?

PUNTO II.

Prudencia del administrador.

Lo 1.º *Prudencia activa...* Busca la manera y los medios de ajustar sus negocios... «Y dijo dentro de sí: ¿Qué haré porque mi señor me quita la administracion? Cavar no puedo, de pedir limosna me avergüenzo...» En la necesidad extrema en que me hallo solo tengo estos dos partidos que poder tomar, y ciertamente á ninguno de ellos puedo resolverme... Ricos del siglo, hombres acaudalados, voluptuosos, avaros apegados á vuestras riquezas, para vosotros principalmente propone Jesucristo esta parábola. ¡Administradores infieles, entrad dentro de vosotros mismos! Acordaos que bien presto debeis morir; pensad los medios de satisfacer por vuestras culpas y de salvar vuestra alma. Pero ¿qué se ha de hacer para esto? Ayunad, mortificad vuestra carne, vestid si es necesario un saco y un cilicio. ¡Ah! no me siento con fuerzas, no estoy

acostumbrado á estos penosos ejercicios. Y bien, retiraos del mundo, vivid de solitarios; no os vea ya jamás el mundo sino en las iglesias, atended á la meditacion y la oracion. ¡Ah! no tengo valor, no sé resolverme á empezar un género de vida tan diferente del que hasta ahora he llevado. ¿Y qué se diria de mí? No, esto me es imposible... ¡Ay de mí! ¡Y cuán digno sois de compasion por tener tan poca fuerza y tan poco ánimo! Pues, mirad: Dios es tan bueno que se compadece de vuestra flaqueza y de vuestra debilidad, y si teneis un verdadero deseo de salvaros, él mismo os quiere para esto suministrar un medio fácil.

Lo 2.º *Prudencia eficaz...* Este administrador encuentra un medio de echarse fuera de este embarazo, y lo pone en ejecucion... «Sé (*dice*) lo que he de hacer para que cuando se me quite la administracion tenga quien me reciba en su casa. Llamó, pues, á cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi señor? Y él le dijo: Cien barriles¹ de aceite. Y le dijo: Toma tu recibo, siéntate, y escribe luego cincuenta. Despues «dijo á otro: ¿Y tú cuánto debes? Y este respondió: Cien coros² de trigo. Él dijo: Toma tu recibo, y escribe ochenta. Y el señor alabó al ministro infiel, porque habia obrado prudentemente...» No pudo dejar de alabar la industria de este hombre, que con una sagacidad mas prudente que justa se buscaba un socorro para el tiempo en que le seria quitada la administracion... ¿Tenemos nosotros esta luz para descubrir lo que debemos hacer para nuestra salvacion, y este cuidado de ponerlo efectivamente en práctica? Perdonando á los hombres las culpas que han cometido contra nosotros y que miran aun mucho mas á Dios, satisfarémos á nuestras deudas para con Dios. Haciendo limosna nos harémos amigos que nos recibirán en el cielo. En esto serémos prudentes sin ser injustos; porque en esto seguiremos la voluntad de nuestro divino Señor, y al mismo tiempo aseguraremos nuestra eterna salvacion.

Lo 3.º *Prudencia superior á la nuestra...* «Porque (*añadió Jesucristo*) los hijos de este siglo son en su género mas sábios que los «hijos de la luz...» Los hijos del siglo son aquellos que solamente piensan en la vida presente, y que solamente entienden en lo que les interesa sobre la tierra. Los hijos de la luz son aquellos que saben que hay otra vida, que aspiran á esta vida eterna, que la desean,

¹ El barril de que usaban los hebreos cabia como diez y ocho libras y diez onzas de las nuestras.

² El coro como de cinco fanegas castellanas.

y trabajan por salvarse. Nosotros sin duda tenemos la dicha de ser de este número; pero comparemos ahora nuestra prudencia para los intereses eternos, con la prudencia de los mundanos para los intereses temporales, y veamos cuán superior es esta á la nuestra... Superior por la accion... No temen incomodidad alguna: y aun es máxima suya: *que nada se adquiere sin pena*, y por eso no perdonan fatigas. ¡Cuántos movimientos, cuántas atenciones, cuántos viajes, cuántos embarazos, cuántos peligros!... Superior por la instruccion... Nada quieren ignorar de cuanto les puede ser de provecho: estudian, examinan, profundizan, consultan, preguntan, se informan, tienen fijo siempre el espíritu en la tal cosa: lo escuchan todo, de todo se aprovechan... Finalmente superior por los expedientes... El mal éxito de algun negocio no los desanima: obtienen su intento aun en los negocios mas escabrosos: entonces principalmente manifiestan su actividad y su habilidad. No hay medios que no inventen, tentativas que no hagan, ni diligencias que no pongan en ejecucion: en las mayores desgracias saben hallar el secreto de encontrar aun remedios, como el administrador de nuestro Evangelio... ¡Ay de mí! ¿es posible que estos hombres sean tan prudentes por la tierra, y que nosotros lo seamos tan poco por el cielo? Nosotros querriamos que todo fuese fácil, y que no nos costara ni pena ni trabajo. Creemos saberlo todo, y no procuramos aprender ya cosa alguna. La mas mínima contrariedad nos desanima; nuestros defectos y nuestros pecados, nuestras recaidas y flaquezas nos desesperan, y en vez de pensar en los medios de reparar lo pasado y de fortalecernos para en adelante, en vez de volver á empezar con nuevo esfuerzo y valor, y con nuevas precauciones, nos sentimos tentados de dejarlo todo, y somos tan imprudentes, á las veces, que realmente lo dejamos.

PUNTO III.

Relacion de la parábola con nuestro estado.

Estas relaciones nos las explica el Salvador mismo... «Y yo os digo: que os ganeis amigos de las iníquas riquezas, para que cuando llegueis á faltar, os reciban en las eternas habitaciones...»

1.º *¿Cuáles son las riquezas de iniquidad?*... Para comprender esto conviene acordarnos que el señor de la parábola no nos representa ya un hombre, sino, como hemos dicho, nuestro soberano Señor, Dios mismo, el que nos ha confiado los bienes de que hemos abusado, y cuya administracion se nos quitará bien presto. Con que

estas riquezas de iniquidad no son aquí los bienes de nuestro prójimo, porque no nos es lícito tomarlos; para hacerlos con ellos amigos en el cielo, y si los hubiésemos tomado, seria necesario restituirlos á quien pertenecen; ó si no podemos hallar al dueño, los debemos dar á los pobres, y esto seria para nosotros de una estrecha obligacion. Pero imitarémos la prudencia del ecónomo de la parábola, si como él empleamos para hacernos amigos en el cielo los bienes de nuestro Señor, de que nos deja aun por algun tiempo la administracion antes que le demos nuestras cuentas. Estos bienes son riquezas de iniquidad; ó sea por el uso que de ellos hemos hecho, porque los hemos hecho servir al pecado, al lujo, al escándalo, al juego; ó sea por la manera con que los hemos adquirido: esto es, con demasiada codicia, dureza, solicitud y afan, empleando en esto un tiempo que debíamos al servicio de Dios, á nuestra salvacion y á las necesidades de nuestra alma; ó sea finalmente por la manera con que los hemos poseido, mirándolos como verdaderos bienes, apegándonos á ellos, colocando en ellos nuestro amor y nuestra esperanza, y escondiéndolos á vista de la necesidad del prójimo y de los pobres. Estas son las riquezas con que debemos ahora hacernos amigos en el cielo, antes que para siempre nos las quite la muerte.

2.º *¿Cuáles son los amigos que podemos hacernos con estas riquezas?*... Los pobres que preservarémos del pecado aliviando su miseria; los siervos y las siervas de Dios que consagran su vida al servicio de los pobres en aquellas casas que subsisten solo por aquellas limosnas que les vienen suministradas; los pobres voluntarios que por atender únicamente á su salvacion y á la de los prójimos se han despojado de todo, y cuyo reconocimiento merecerémos con nuestra liberalidad; las almas que padecen en el purgatorio; los Santos tambien que están en el cielo, y que pueden á este precio venir á ser nuestros amigos por las limosnas que harémos por su respeto, y por el cuidado que podemos tomarnos de acrecentar su culto y de adornar sus templos y sus altares.

3.º *¿En qué ocasion tendremos nosotros necesidad de estos amigos?*... Durante la vida, para obtenernos gracias de conversion, de fervor y de esfuerzo: en la muerte, para obtenernos gracias de paciencia, de resignacion, de perseverancia; y despues de la muerte, para suplir con sus oraciones y con sus méritos á la debilidad de nuestra penitencia y á las satisfacciones de que nos hallarémos deudores para con nuestro Señor por nuestros pecados. Hallándonos entonces que se nos ha quitado ya la administracion, tendrémos

necesidad de encontrar amigos á quienes podamos tener recurso.

4.º *¿Cuál será entonces el poder de estos amigos?... «De recibirnos en las habitaciones eternas...»* En el cielo, en la habitacion de los bienaventurados. Esta expresion es tan fuerte y tan enérgica, que hay peligro de quitarle la fuerza queriéndola explicar: pareceria tambien acaso excesiva si no hubiese salido de la boca del Salvador mismo... ¡Oh virtud de la limosna! ¡oh potestad de los pobres! ¡oh poder de los Santos! ¡Ah! ¿no comprenderemos nosotros el verdadero uso de las riquezas, y cuán preciosas utilidades podemos sacar desposeyendonos de ellas por el cielo?

PUNTO IV.

Diferencia entre el administrador y nosotros.

Para entender mejor el fin de esta parábola, penetrar su belleza y percibir la ternura del que nos la ha propuesto, no solo es cosa útil considerar sus relaciones como hemos hecho ahora, sino tambien sus diferencias, y á esto nos aplicamos aquí: consideremos pues:

Lo 1.º *Que el medio de que se valió este administrador era injusto...* Se hacia amigos á costa de su señor, haciéndole daño, cometiendo un hurto y una injusticia... Si su señor lo alabó bajo de un aspecto, no podia aprobarlo en todo... Pero nosotros imitando al administrador no cometemos injusticia alguna contra nuestro Señor, y no le hacemos algun agravio. Él no tiene necesidad de los bienes que nos ha confiado. Por esto, aunque le pertenecen, y deba pedirnos cuenta; con todo, si despues de una mala administracion nos servimos de ellos para hacernos amigos en el cielo, no solo alabará nuestra prudencia, sino que tambien la premiará.

Lo 2.º *El reconocimiento de los amigos del ecónomo era doloso,* porque era independiente de la voluntad de su señor; pero el de los amigos que nos hacemos con la limosna viene de nuestro mismo Señor; él es el que quiere que tengan ese reconocimiento, y les da la potestad que ellos tienen para ejercerla con nosotros: fuera de eso, él mismo se pone en su lugar y responde por ellos; y así la limosna hecha á los pobres malvados que nos hubiesen engañado no sería menos útil para nosotros que si la hubiésemos hecho á Jesucristo mismo.

Lo 3.º *El éxito de la prudencia del ecónomo era incierto...* Su prudencia fue el fruto de su industria: ella podia engañarlo, y no conciliarle otra cosa que ingratos en vez de amigos. La prudencia que

nos hará aprovecharnos de su ejemplo nos la ha enseñado Jesucristo mismo; él mismo nos sugiere este fraude inocente, y mostrándonos, por decirlo así, el arte de evadir la severidad de su justicia, nos asegura él mismo del éxito feliz.

Lo 4.º *El perdón que hizo el ecónomo á los deudores de su señor fue considerable;* porque estaba encargado de una administracion importante: sin esto, ¿qué amigos se habria podido ganar? Pero si nosotros tenemos poco, dando poco podemos igualmente hacernos amigos para el cielo: luego la limosna no solo es un medio seguro y eficaz, sino tambien un medio fácil y universal para rescatar nuestros pecados, para merecernos las misericordias de Dios, y para abrirnos la entrada de su reino eterno. Solo Jesucristo pudo descubrirnos secretos de tanta importancia, y proponerlos en una manera tan viva y tan afectuosa. ¡Oh cuánto resplandece la bondad de Dios en este misterio de providencia! La misma limosna para los que están en estado de hacerla viene á ser remedio para sus pecados y para sus pasiones; y para los pobres que la reciben un socorro á su necesidad y un homenaje que debe servirles de grande consolacion en el estado de envilecimiento en que viven. Pero ¡ay de mí! si los ricos rehusan y no corresponden á las miras de una tan admirable providencia, ¿qué cosa será de los pobres y en qué pararán ellos mismos?

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, la gracia de despreciar los falsos bienes de este mundo, de despreciarlos con sabiduría, y de sacrificarlos con gusto por vuestro amor. Triunfad, ó Señor, de mi imprudencia, de mi desatencion, de mi negligencia en un negocio en que se trata de vuestra gloria y de mi eterna salud, mientras que los hijos del siglo están tan atentos, tan prudentes, tan laboriosos y tan constantes para llegar á su fin. Haced que sus mismas pasiones me enseñen lo que debo hacer por Vos. Amen.